

OPORTUNA OCASIÓN

Por Pedro José Ynaraja

Acabé la semana pasada recordando la comunicación que se hizo por megafonía a los asistentes a las JMJ de Madrid: dada la imposibilidad de partir, repartir y compartir el Pan Eucarístico, debido a las inclemencias que lo habían impedido, se invitaba a que cada uno hiciera una "comuni3n espiritual" aquella ma1ana y que, si le era posible, por la tarde, acudieran a las diversas parroquias madrile1as para comulgar sacramentalmente. Entre los miles de asistentes, algunos pertenecían a Iglesias o Confesiones no cat3licas. Vi a alguna joven con el t3pico velo islámico y posteriormente he conocido a alguna chica budista que tambi3n estuvo. Ellas, y otras muchas m1s, pese a que pudieran tener conocimientos cristianos, es l3gico que se preguntaran ¿y qu3 es eso de la comuni3n espiritual? ¿De d3nde lo han sacado? No he le3do nada al respecto en la Biblia. Tenían toda la raz3n. Que nadie lo busque en la Sagrada Escritura. ¿Es, pues, una doctrina caprichosa y sin fundamento teol3gico?

La Santa Madre Iglesia depositaria de la herencia recibida de Jesucristo, no fue consciente explícita del inmenso patrimonio espiritual que poseía, pese a haberlo recibido. Con el correr de los tiempos va descubriendo y aprovechando tanta riqueza. (Ocurre con la Gracia como, en el terreno mineral, le pasó al hombre. Conocía el asfalto y lo utilizó, según cuenta el Génesis, como argamasa en la edificación de la torre de Babel o en la impermeabilización del cestillo que salvó a Moisés. Hoy, de este producto, se derivan miles de sustancias desconocidas en aquellos tiempos, pero que no por ello eran inexistentes.) La asamblea cristiana reunida el domingo que nos describe San Justino, como las que San Pablo hace referencia en sus cartas a los corintios, consideraba la Eucaristía como un alimento de consumo inmediato. Pronto la comunidad fue consciente de la conveniencia de que se conservara para prisioneros, enfermos y moribundos. Aquel tesoro guardado celosamente en recintos bien protegidos, se vio que era presencia que invitaba al respeto y adoración. Dado que no siempre se podía recibirla como alimento, el fiel cultivó el sincero deseo de hacerlo. Nació la comuni3n espiritual, sentimiento digno como el que más, del que ya habla el concilio Tridentino y la encíclica Mediator Dei. Pasaron los años y se permitió la celebraci3n eucarística a cualquier hora del día. Aquella práctica sincera, ingenua y piadosa de mi juventud de ir diariamente a hacer la "visita al Santísimo" empezó a declinar, dando paso a la comuni3n sacramental en las misas vespertinas.

Nunca ha negado la santa Madre Iglesia, el valor de la Palabra Revelada. Pero su alcance durante siglos se vio limitado a los que sabían leer, que eran una minoría y entre ellos a los que entendían la lengua latina, todavía menos. Los tiempos han cambiado. La Iglesia se siente satisfecha de afirmar que la Palabra de Dios proclamada en la liturgia, es alimento del alma. Puede costar creer que tiene una eficacia sacramental que una locuci3n verbal alimente el alma, pero no creo que sea más difícil aceptarlo que el que un trozo de pan, minúsculo y traslucido, que no

resistiría ningún análisis químico ni una cromatografía que descubriera que allí hay algo más que un común hidrato de carbono, en él exista presencia divina personal y corporal de Jesucristo, que es salvación y crecimiento para el que en las debidas condiciones lo recibe. Es preciso progresar y me atrevo a sugerir que, puesto que disciplinalmente no existe prohibición para situaciones personales que sí lo impiden eucarísticamente, debería fomentarse. (Continuaré)

Padre Pedro José Ynaraja